

El empleo en la estructura intertemporal de producción: Tiempo, capital y coordinación

Introducción

El análisis económico tradicional del mercado laboral suele partir de supuestos excesivamente simplificados: se asume un equilibrio estático, y a partir de allí se construyen debates sobre explotación, inequidad salarial o la necesidad de intervenciones estatales para corregir supuestos fallos de “mercados imperfectos”. Este texto propone una reconsideración de fondo, anclada en los aportes de la teoría del capital de Böhm-Bawerk [1], la teoría del ciclo desarrollada por Mises [2] y Hayek [3] y formalizada por Garrison [4] [5], Huerta de Soto [6] y Ravier [7]. Sostenemos que comprender el origen de la prosperidad —y con ella el aumento de los salarios reales— requiere integrar el análisis del empleo dentro de la estructura intertemporal de producción y la lógica de la acción empresarial.

El objetivo central de este trabajo es incorporar explícitamente el mercado laboral al marco macroeconómico intertemporal, ilustrando cómo interactúan el mercado de fondos prestables, la frontera de posibilidad de producción y la estructura intertemporal de la producción. Esta integración permite visualizar dos trayectorias distintas. En la primera, el crecimiento genuino nace del ahorro voluntario, que expande las etapas productivas al reducir la tasa de interés, lo que eleva

eleva la demanda de trabajo, genera mayor competencia por un factor escaso y, en consecuencia, salarios reales más altos. En la segunda, un crecimiento artificial surge de distorsiones exógenas — como la expansión crediticia sin respaldo en ahorro o la imposición de salarios mínimos por encima de la productividad marginal— que alteran las señales del mercado, inducen malinversión y generan desempleo y pérdida del poder adquisitivo en el mediano plazo.

Este marco permite, además, comprender fenómenos de las fricciones propias de los procesos de reasignación laboral luego de shocks tecnológicos. Se reconoce que los mercados laborales son inherentemente friccionados, y que cualquier transición hacia etapas más alejadas del consumo implica desempleo temporal

Andrés Azmitia Rugg, Máster en Economía por la Universidad Francisco Marroquín y Doctor en Ciencias Humanas y Sociales por la Universidad Pontificia de Salamanca, se desempeña como profesor de Economía y Finanzas en diversas universidades (contacto: aazmitia@me.com).

El autor agradece especialmente a Adrián Ravier por su valioso acompañamiento durante la elaboración de este aporte a la teoría del capital, desarrollado en el marco de la Maestría en Economía en la UFM, y a Sebastián Landoni por su motivación constante y su generoso mentoreo a lo largo de este proceso.

que puede ampliarse cuando existen rigideces institucionales. El análisis aquí propuesto busca no sólo explicar estos procesos, sino también advertir sobre los riesgos de amplificar dichas rigideces mediante políticas públicas mal diseñadas.

Coordinación intertemporal y formación de capital

Al incorporar el tiempo como dimensión esencial, la Escuela Austriaca rompe con el cuadro estático de la teoría neoclásica. Siguiendo a Hayek [3], imaginemos la estructura productiva como un triángulo que se extiende desde las fases más alejadas del consumo —extracción de materias primas, investigación, diseño— hasta el instante en que el bien final llega al consumidor. Cada tramo del triángulo representa un período de maduración y acumula inversiones que requieren mano de obra, capital y acción empresarial.

Esta visión temporal arrastra tres implicaciones decisivas. Primero, el valor económico se *imputa* desde los bienes de consumo hacia atrás, asignándose proporcionalmente a los bienes de orden superior y, por ende, a los factores que los hacen posibles. Segundo, la tasa de interés —la pendiente del triángulo— da las señales a agentes de mercado para la asignación de recursos sobre el eje temporal: cuando el interés cae, los proyectos de larga maduración se vuelven viables y atraen capital y trabajo; cuando sube, la producción se repliega hacia procesos cercanos al consumo. Tercero, un incremento en el *ahorro genuino* derivado de cambios en las preferencias temporales de los agentes económicos causa menores tasas de interés y a su vez provoca una extensión de las etapas productivas: los factores de producción, incluido el traba-

jo, migran desde las fases próximas al consumo hacia las más lejanas, guiados por la puja de beneficios empresariales que compiten por los recursos escasos y elevan las rentas potenciales de los proyectos de mayor maduración.

Cuando las personas deciden posponer parte del consumo presente y ahorran, se amplía la disponibilidad de fondos prestables y la tasa de interés tiende a descender. Ese precio del tiempo opera como señal: cuanto más baja, más atractivos se vuelven los ciclos largos de producción. Los empresarios perciben la rebaja como una invitación a alargar la estructura productiva y, para ello, contratan mano de obra, maquinaria y recursos naturales en etapas antes inviables. La expectativa de beneficios superiores en esos niveles de la estructura es, precisamente, la fuerza competitiva que atrae recursos desde los procesos cercanos al consumo hacia aquellos que madurarán más adelante. De esta manera, la nueva inversión eleva la demanda laboral en los sectores de bienes de capital y termina incrementando la productividad —y los salarios reales— en los sectores de bienes de consumo.

El fenómeno inverso ocurre cuando el ahorro se debilita o cuando la política monetaria infla artificialmente la oferta de crédito. Una reducción genuina del ahorro encarece los proyectos a largo plazo; una expansión crediticia provoca un abaratamiento aparente, pero sin respaldo real. Ambas sendas des-coordinan la asignación de factores: la primera retrae etapas productivas y empleo; la segunda genera una falsa expansión que culmina en liquidación de capital y desempleo.

Modelo gráfico de capital, tiempo y trabajo

Si Hayek provee la intuición teórica de la producción en el tiempo, Roger Garrison [4] complementa esa visión con un aporte explicativo que conecta la microeconomía del capital con los grandes agregados macroeconómicos. Su aporte descansa en tres gráficos enlazados: (1) la Frontera de Posibilidades de Producción (FPP), que muestra las combinaciones factibles de bienes de consumo y bienes de capital; (2) el mercado de fondos prestables, donde la tasa de interés equilibra ahorro e inversión; y (3) el triángulo hayekiano, que detalla la secuencia intertemporal de las etapas productivas.

En equilibrio¹, la economía opera sobre la FPP: cada punto refleja una elección agregada implícita sobre las preferencias temporales —cuánto consumir hoy y cuánto invertir para el mañana. A su vez, el mercado de fondos prestables condensa información sobre la escasez relativa del capital: un interés alto indica que los consumidores valoran más el consumo presente (poco ahorro); uno bajo señala que están dispuestos a posponerlo (abundante ahorro). Cuando el ahorro voluntario se expande, la curva de fondos prestables se desplaza a la derecha y el interés descende. Esa señal lleva a los emprendedores a reasignar capital hacia proyectos de mayor maduración donde esperan beneficios superiores. El triángulo hayekiano se alarga, la FPP gira hacia más bienes de capital y menos consumo presente, y surge una extensión de etapas productivas cada vez más alejadas del consumo. Esto a su vez genera mayores

bienes de consumo que a su vez extiende la FPP —más bienes de consumo y más bienes de capital.

La lección central de Garrison reside en distinguir movimientos genuinos de la tasa de interés —provocados por cambios en la preferencia temporal y, por ende, en el ahorro real— de los movimientos artificiales causados por expansiones crediticias. En el primer caso, el sistema canaliza capital y trabajo hacia sectores con potencial de crecimiento sostenible: los beneficios empresariales se materializan, los factores se retribuyen y los bienes de consumo futuros se abaratan. En el segundo, el tipo bajo no refleja ahorro auténtico; se trata de una situación artificial de carácter monetario que dispara inversiones en actividades incapaces de generar flujos suficientes para cubrir sus costos. Cuando los precios se ajustan y la financiación se encarece, sucede la liquidación de capital: se destruye valor y, simultáneamente, desaparecen proyectos empresariales que nacieron de una mala asignación inducida por el crédito fácil. Esto resulta en una tara doblemente costosa: empobrece al capitalista y deja sin empleo al asalariado.

Trabajo, fricciones y productividad marginal

Partimos de una ley económica universal desarrollada por Mises [8] y Rothbard [9]: los salarios se determinan por el valor de la productividad marginal descontada al presente que el trabajo aporta a cada actividad específica. De esa premisa se desprenden cinco principios rectores: primero, el salario representa la remuneración total pactada de forma voluntaria a cambio del tiempo productivo del trabajador; segundo, engloba tanto los pagos en efectivo como las prestaciones en es-

¹ Siguiendo a Mises, el término “equilibrio” se utiliza a lo largo de este trabajo en el contexto de la *Economía de Rotación Uniforme* [8].

pecie —seguro social, transporte, vacaciones, ambiente laboral, oportunidades de aprendizaje, etc.— que cada persona valora de manera subjetiva; tercero, dicha remuneración varía porque el trabajo es un factor heterogéneo no-específico y, por lo mismo, extraordinariamente escaso, siempre disputado entre ocupaciones rivales; cuarto, su valor se origina en última instancia en las preferencias de los consumidores, canalizadas a través de los precios y orquestadas por la acción empresarial; y quinto, todo el proceso descansa sobre un entramado institucional que salvaguarda la propiedad, los contratos y la libre asociación.

Aunque en teoría los salarios pueden ajustarse libremente, en la práctica el reacomodo del trabajo entre sectores productivos es costoso y toma tiempo. Mises ya advertía que los salarios de mercado tienden hacia sus niveles de equilibrio solo a través de un “proceso que consume tiempo”, durante el cual los trabajadores deben reubicarse, adquirir nuevas habilidades o esperar a que la información relevante se difunda [8]. Esta dinámica introduce fricciones estructurales que explican la persistencia del desempleo en el corto plazo, incluso en contextos de aparente flexibilidad nominal.

El salario se forma entre dos límites. El límite superior es marcado por el valor de la utilidad marginal descontada que el trabajo añade al proceso y el límite inferior definido por el costo de oportunidad del valor de la utilidad marginal descontada del trabajo o mejor alternativa disponible. La competencia de empresas por retener talento y de trabajadores por acceder a las mejores plazas mantiene el precio del trabajo en constante ajuste.

La diversidad de talentos dispersos entre las personas —en un mercado labo-

ral compuesto por habilidades, condiciones y aspiraciones profundamente diversas— se ordena gracias a la dinámica competitiva del mercado: cada individuo descubre, mediante ensayo y error, la ocupación donde su ventaja comparativa rinde más utilidad al conjunto. Las oportunidades laborales, por tanto, no son dadas; deben ser creadas por la acción empresarial que combina factores adicionales para producir bienes valorados en el mercado. No obstante, este ajuste no es instantáneo: la coordinación empresarial requiere tiempo y aprendizaje, y la liquidación de proyectos mal capitalizados implica fricciones que pueden traducirse en desempleo temporal o subempleo mientras los trabajadores se recolocan. Pretender que la falta de vacantes vulnera la libertad ignora que las plazas laborales primero deben ser creadas, y ellas solo adquieren valor cuando contribuyen a la elaboración de un bien o servicio deseado.

Lejos de ser un mercado instantáneamente equilibrado, el empleo debe entenderse como parte de un proceso abierto de coordinación. Tanto Phelps [10] como Leijonhufvud [11] destacan que las fricciones, los desfases entre expectativas y resultados, y la dependencia del tiempo son elementos constitutivos del ajuste económico. Para Phelps, el desempleo no es falla de demanda agregada, sino el reflejo de información incompleta y ajuste intertemporal. Leijonhufvud, por su parte, advierte que fuera del ‘corredor de coordinación’, los sistemas pueden desviarse persistentemente de su trayectoria óptima. En ambos casos, los precios —incluidos los salarios— son señales imperfectas, sujetas a malinterpretación, lo que refuerza la necesidad de una visión procesal del empleo.

En último término, el precio del traba-

jo se determina bajo el mismo mecanismo que cualquier factor: la imputación de valor desde el consumidor. La carga emocional heredada de lecturas marxistas no altera esta realidad económica. Los empresarios compiten para emplear los factores al menor coste posible, mientras los consumidores, con sus compras, fijan la viabilidad de cada proyecto. De allí que toda mejora sostenible en la calidad del empleo requiere primero ofertar algo que sume valor al mercado y luego elevar la productividad asociada al trabajo por medio de inversiones de capital.

La estructura de capital como condición del empleo

Para cerrar el círculo conviene explicitar cómo la disponibilidad de capital real condiciona la contratación de mano de obra y, por ende, determina el nivel salarial. El mercado laboral no es un compartimento aislado, sino un engranaje más dentro de una estructura de producción intertemporal, donde el capital y el trabajo se combinan de forma complementaria pero no simétrica.

En un entorno donde el capital se expande —ya sea por ahorro genuino o por reinversión exitosa—, se multiplican las etapas productivas y se alargan los procesos de producción. Esta capitalización creciente permite emplear más trabajo, pero bajo una relación marginal decreciente. La razón se encuentra en la relación estructural entre ambos factores.

Primero, debe considerarse el supuesto de trabajo relativamente escaso. Si el trabajo disponible es limitado o poco móvil —ya sea por barreras geográficas, institucionales o por brechas en habilidades—, entonces cada unidad adicional de capital requiere más esfuerzo para encon-

trar trabajo complementario. El capital no opera en el vacío: necesita coordinación con trabajo humano para volverse productivo.

Segundo, hay una complementariedad asimétrica entre ambos factores. En la teoría del capital, particularmente en Hayek [3] y Lachmann [12], este se concibe como una estructura heterogénea, formada por bienes intermedios que solo adquieren sentido productivo en su conexión adecuada con otros factores, especialmente el trabajo. Si no hay suficiente trabajo —o si no es del tipo requerido para coordinar tareas complejas—, el capital no rinde plenamente. Por ello, más capital no implica automáticamente más empleo.

Tercero, se observa una lógica de retornos marginales decrecientes en empleo. A medida que se acumula capital sin que el stock de trabajo crezca al mismo ritmo, cada nueva unidad de capital tiende a añadir menos empleo que la anterior. Se necesita una proporción creciente de capital para sostener la creación de un nuevo puesto, lo que refleja una saturación de la capacidad del trabajo existente para absorber nuevas tareas productivas. Esta relación puede visualizarse como una curva de factores de producción: a medida que se acumula más capital, aumenta también la demanda de trabajo, pero con incrementos marginales decrecientes. Ello ocurre porque el capital es más abundante y ajustable que el trabajo, que opera como un stock relativamente rígido. En este contexto, el capital compete por atraer trabajo hacia procesos productivos crecientemente valiosos, pero sin poder expandir indefinidamente el empleo disponible.

Desde esta perspectiva, el empleo se comporta más como un stock dado en el

corto plazo, mientras que el capital es la variable que se ajusta más rápidamente en respuesta a las tasas de interés, la rentabilidad esperada y el clima empresarial. Esta dinámica es central para entender por qué la inversión, aun siendo condición necesaria para generar empleo, enfrenta límites en su efectividad marginal cuando no va acompañada de un crecimiento proporcional del factor trabajo.

Así entendido, el mercado laboral es, ante todo, un espacio de competencia intersectorial por un factor no específico y escaso: el trabajo humano. Cada empresario puja por atraer trabajadores ofreciéndoles una combinación de remuneración monetaria, prestaciones y proyección profesional. Esa puja se financia con las ventas esperadas del bien de consumo; por tanto, el valor de la productividad del trabajador está ligado de manera proporcional a la valoración que el mercado concede al producto final.

Ahora bien, toda decisión empresarial está limitada por la cantidad de capital real disponible. Cuando el ahorro genuino crece, aumenta la disponibilidad de capital: surgen proyectos que antes eran inviables, se crean nuevos sectores y se reavivan los existentes. El resultado inmediato es un desplazamiento al alza de la demanda laboral; más empresas compiten por el mismo talento, los salarios suben y se multiplican las oportunidades de empleo.

El escenario contrario se produce cuando el stock de capital se contrae. Menos inversión significa menos procesos productivos y, por tanto, menos demanda de factores complementarios, incluido el trabajo. La competencia intersectorial se afloja, los salarios se debilitan y la creación de empleo se frena o se invierte.

Por ello, todo intento de evaluar el mercado laboral sin atender al volumen y la calidad de la inversión corre el riesgo de confundir síntomas (desempleo, salarios estancados) con causas (escasez de capital productivo). La auténtica política de empleo pasa por proteger el ahorro, fomentar la acumulación de capital y dejar que las señales de precios —interés, salarios, beneficios— guíen la reasignación de recursos con la menor fricción posible.

La secuencia causal que enlaza ahorro, capital y empleo

Esta secuencia muestra cómo la interacción entre el capital, el tiempo y el trabajo se da en un proceso coordinado, guiado por señales de mercado libre de distorsiones exógenas. Cuando el ahorro voluntario se incrementa, el volumen de capital se amplía y la tasa de interés desciende. Esta caída, más que un fenómeno financiero, es una señal coordinadora que reconfigura la estructura productiva. Los emprendedores, guiados por los precios relativos, detectan oportunidades en etapas más alejadas del consumo y redirigen recursos hacia proyectos de inversión más intensivos en capital y temporalmente más lejanos.

Esta transformación productiva genera nueva demanda laboral. Sin embargo, dicha demanda no es homogénea, lo cual introduce fricciones naturales en el mercado de trabajo. A medida que las preferencias temporales cambian y los recursos se redirigen desde el consumo presente hacia etapas de producción más alejadas, se genera una reasignación del empleo que no es instantánea ni libre de costos. El mercado laboral, distribuido a lo largo del triángulo hayekiano, requiere distintos perfiles: ingenieros en planificación, téc-

nicos en producción intermedia, operarios en montaje, y personal administrativo y logístico. Esta heterogeneidad implica que la migración de empleo desde sectores cercanos al consumo (ejemplos siguiendo a la secuencia anterior) hacia sectores más intensivos en capital genere, en el corto plazo, desempleo y subutilización de habilidades.

No obstante, en el largo plazo, este mismo proceso conduce a una reconfiguración más eficiente del mercado laboral. La mayor capitalización de la economía impulsa la creación de nuevos empleos, más productivos y mejor remunerados. Esta expansión ocurre, en parte, porque la mayor rentabilidad del capital induce una reasignación de recursos hacia etapas más alejadas del consumo final. La demanda de trabajo en estos sectores genera una puja salarial que atrae a trabajadores, incentivando la movilidad laboral. Para que dicha reasignación sea efectiva, la puja salarial debe ser lo suficientemente alta como para compensar los costos de transición, incluyendo el tiempo y los recursos necesarios para adquirir nuevas habilidades o completar procesos de reconversión educativa. Aunque esta transición inicial conlleva fricciones, establece las condiciones para un aumento sostenido en la demanda laboral y en los salarios reales. En la Figura 1 se ilustra gráficamente este proceso. Partimos de una situación inicial donde se observan las relaciones entre el mercado de fondos prestables, la FPP, la estructura intertemporal de la producción, el mercado de factores y el mercado laboral.

(1) El proceso comienza con un cambio en las preferencias temporales de los individuos, lo que genera un aumento en el ahorro relativo. Este incremento en la oferta de fondos prestables presiona a la baja la tasa de interés, lo cual constituye

una señal clave para la reconfiguración de la estructura productiva.

(2) Esta caída en la tasa de interés provoca una rotación en la Frontera de Posibilidades de Producción (FPP), desplazando la asignación de recursos desde bienes de consumo inmediatos hacia bienes de capital, lo que refleja una economía más orientada al largo plazo.

(3) Como consecuencia, se alarga la estructura de producción. Se invierten recursos en etapas más alejadas del consumo final, lo cual reduce temporalmente el volumen de bienes disponibles para el consumo y cambia la composición del gasto agregado hacia inversión.

(4) Este reajuste no está exento de fricciones. En el corto plazo, se produce desempleo y subutilización de recursos, representados por un punto dentro de la curva de capital en el mercado de factores. Esto refleja que los mercados aún no han reasignado completamente su estructura productiva.

(5) En esta etapa de transición, la demanda laboral cae. Se liquidan empleos en sectores vinculados al consumo inmediato y sobreviven aquellos que, por su productividad marginal, justifican su permanencia en un contexto de menor consumo y mayor inversión.

(6) Una vez que la inversión en bienes de capital comienza a madurar, la producción se incrementa y la FPP se expande nuevamente, permitiendo una mayor disponibilidad tanto de bienes de inversión como de bienes de consumo.

(7) La inversión en etapas alejadas del consumo, sostenida por ahorro genuino, expande la demanda de capital y permite mayor disponibilidad de bienes finales a

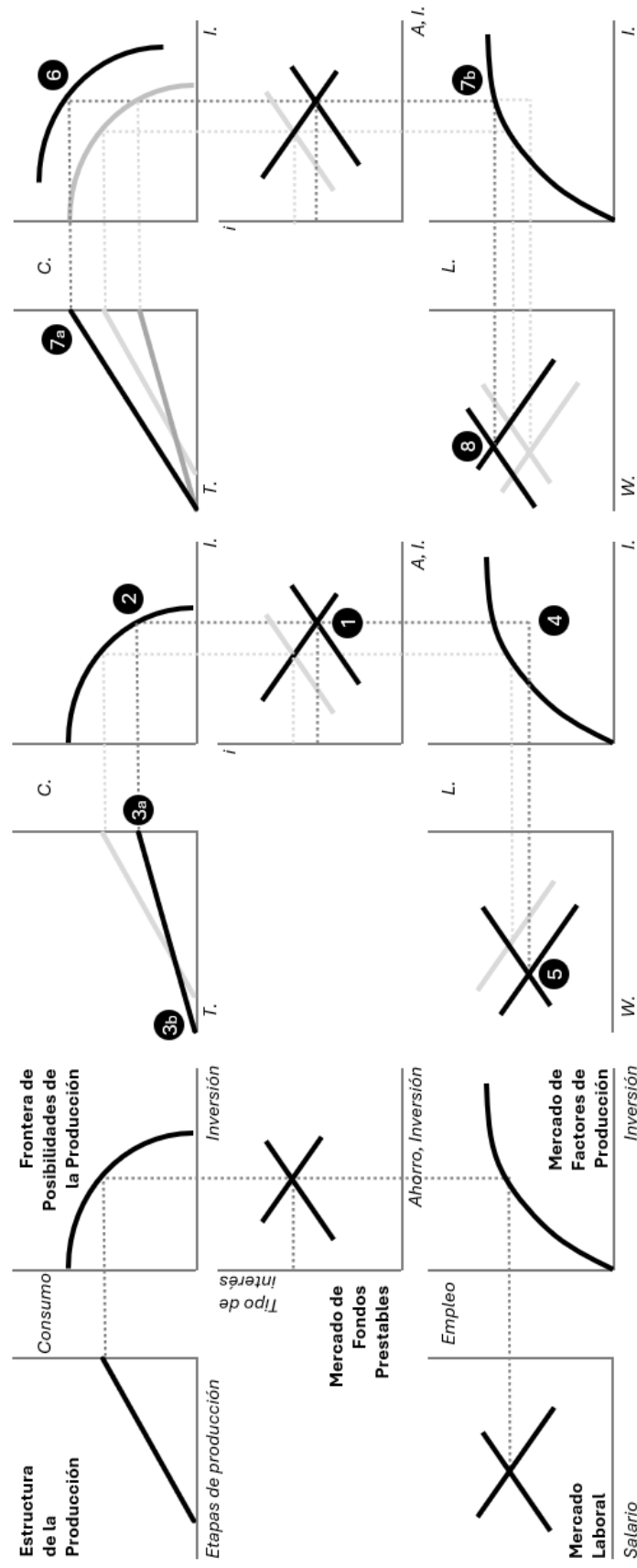


Figura 1: Crecimiento económico con integración del mercado laboral y de factores.

lo largo del tiempo. Esto incrementa la demanda laboral en todas las etapas de la estructura productiva. A medida que el capital eleva la productividad marginal del trabajo, y dada la escasez relativa de este factor, también aumenta la competencia por mano de obra. En consecuencia, se elevan tanto el piso como el techo de los salarios reales, lo que amplía la demanda efectiva de trabajo y da lugar a un nuevo equilibrio con mayor productividad y poder adquisitivo.

(8) A medida que los proyectos de inversión en etapas más alejadas se desarrollan, comienza una recuperación en la demanda laboral. Esta nueva demanda requiere habilidades distintas, más orientadas a producción intermedia y planificación técnica, lo que induce un ajuste en la oferta laboral y en la formación de capital humano [13].

La creación de empleo y el aumento en el salario real, entonces, no son producto de un mandato externo, sino del redireccionamiento coordinado del capital hacia nuevas etapas de producción. A medida que se amplía la estructura intertemporal, los empresarios demandan más trabajo en todos los niveles del proceso productivo. Sin embargo, este proceso de reasignación no está exento de fricciones: la transición genera desempleo temporal y revela desajustes entre las habilidades disponibles y las requeridas en las nuevas etapas más alejadas del consumo. El cambio no ocurre de forma automática, ya que muchas veces los trabajadores no cuentan con el capital humano necesario para insertarse de inmediato en los sectores en expansión. Esta transición puede implicar un replanteamiento profundo del proyecto de vida, incluyendo la trayectoria profesional, la experiencia acumulada y la formación previa. Mientras que los individuos con talentos más generales o

adaptables pueden ajustarse con menor fricción, aquellos con habilidades altamente específicas enfrentan mayores costos de transición. Así, el crecimiento del capital no solo impulsa el crecimiento económico, sino que también redefine, con tensiones y ajustes, la geografía del empleo en la economía.

Desempleo de ciclo: Intervención y distorsión temporal

Aquí nuevamente partimos de una situación inicial donde se observan las relaciones entre el tipo de interés, la FPP, la estructura intertemporal de la producción, el mercado laboral y el mercado de factores. Suponemos que las preferencias intertemporales permanecen constantes para fijarnos sobre el efecto de la expansión monetaria y crediticia exógena que ejerce la autoridad monetaria, bajo el supuesto de que, sin previo ahorro y sin disminuir el consumo, decide reducir los tipos de interés de descuento y otorgar préstamos masivos a los bancos comerciales. Esto se refleja en la Figura 2 que representa el mercado de fondos prestables, específicamente en el desplazamiento de la curva de oferta de créditos.

(1) El primer efecto que esto conlleva es el mismo observado previamente ante un incremento del ahorro voluntario: una baja en el tipo de interés. Sin embargo, en este caso, el crédito creado rompe la identidad ahorro-inversión, permitiendo incrementar la inversión sin respaldo de ahorro previo. A medida que el proceso de inversión se expande gracias al crédito, los ahorristas se ven desincentivados a mantener su nivel de ahorro, tanto por la baja en los rendimientos como por el proceso inflacionario y la consiguiente pérdida del poder adquisitivo. Como resultado, el ahorro y la inversión comienzan a

divergir.

(2) Esta divergencia genera una expansión artificial de la FPP. Por un lado, el menor ahorro se traduce en un mayor consumo. Por otro, la baja artificial del tipo de interés estimula simultáneamente un aumento en la inversión. Así, mientras el consumo se desplaza hacia arriba e izquierda en el gráfico, la inversión lo hace hacia abajo y a la derecha. La FPP tiende a expandirse, lo cual es posible, en la lógica de Garrison, dado que esta frontera representa combinaciones sostenibles en el tiempo de consumo e inversión.

(3) Al no distinguir entre crédito genuino y crédito creado, los empresarios interpretan la señal del mercado como un aumento real del ahorro. Esto los lleva a emprender proyectos de inversión más alejados del consumo, reasignando recursos hacia la producción de bienes de capital. Como resultado, el sector de bienes de capital presenta beneficios contables, lo que alarga artificialmente la estructura productiva, mientras el consumo no solo no se reduce, sino que incluso se incrementa. Se experimenta un auge económico y bursátil.

(4) La expansión simultánea de las etapas productivas cercanas y alejadas al consumo, inducida por una abundancia artificial de capital, incrementa la presión sobre el mercado de factores.

(5) Esta dinámica genera una mayor demanda de trabajo en distintos niveles de la estructura intertemporal, empujando los salarios al alza y creando una situación de pleno empleo artificial. Tal expansión no surge de una base genuina de ahorro, sino de señales distorsionadas que desincentivan el ajuste real de capacidades y planificación intertemporal, con lo cual se agravan las fricciones en fases

posteriores del ciclo. La reducción artificial del tipo de interés torna rentables proyectos que previamente no lo eran, dando lugar a nuevas etapas más intensivas en capital, alejadas del consumo, muy similar a lo que ocurre con un aumento genuino del ahorro. Estas nuevas etapas implican un uso intensivo de factores de producción, incluyendo un aumento significativo en la demanda de trabajo. No obstante, es fundamental subrayar que, aunque los efectos iniciales puedan parecer similares a los provocados por un aumento del ahorro voluntario, en este caso el alargamiento y ensanchamiento de las etapas productivas responde exclusivamente a la expansión del crédito, sin respaldo real en el ahorro previo. Un alargamiento sostenido de la estructura productiva solo es viable si va precedido por una reducción en la demanda de bienes de consumo que libere recursos para sostener a los agentes productivos durante el proceso de maduración del capital. Esta condición no se cumple bajo una expansión artificial del crédito. En consecuencia, los empresarios deciden acometer nuevos proyectos como si el ahorro hubiera aumentado, cuando en realidad no ha sido así. El desajuste entre ahorro e inversión provoca una descoordinación generalizada en la asignación de recursos.

(6) Cuando, tras agotarse la expansión del crédito o al intensificarse las presiones inflacionarias, el tipo de interés inevitablemente sube para corregir los desequilibrios monetarios, los planes de inversión deben ajustarse, generando costos adicionales y cancelaciones de proyectos.

(7) Este ajuste implica la liquidación de proyectos empresariales que habían sido viables únicamente por efecto del crédito artificial. Una vez corregida esa distorsión, dichos proyectos dejan de ser sostenibles y son liquidados, lo que reduce

tanto las etapas de producción como la disponibilidad de bienes de consumo.

(8) Esto, a su vez, ajusta las preferencias temporales del mercado hacia bienes más cercanos al presente. Al mismo tiempo, se observa una contracción en la frontera de posibilidades de producción (FPP), debido a la menor disponibilidad de bienes de consumo y de bienes de producción, como consecuencia directa de la liquidación de proyectos empresariales insostenibles.

(9) En consecuencia, se generan ajustes en la curva del mercado de factores a la baja, liquidando capital invertido y reduciendo la demanda de trabajo. Esta caída en la demanda laboral impacta negativamente los salarios.

En suma, la expansión artificial del empleo genera una ilusión pasajera de prosperidad, pero sienta las bases para un ajuste posterior más severo, tanto en términos productivos como laborales. La coordinación entre empleo y capital solo es sostenible cuando la tasa de interés refleja fielmente las preferencias temporales reales de los individuos. Cuando esta señal se distorsiona por intervención monetaria, puede estimularse transitoriamente la creación de empleo, pero a costa de una destrucción futura más costosa y descoordinada. La estructura intertemporal del trabajo, al igual que la del capital, requiere fundamentos genuinos para sostenerse en el tiempo. Por ello, una política monetaria que altera las señales intertemporales del mercado no resuelve el desempleo: simplemente lo desplaza y lo agrava en el tiempo.

Este tipo de intervención, al desfigurar los precios relativos, interrumpe el proceso de ajuste real y prolonga las distorsiones estructurales. Hayek [14] adver-

tía que las políticas de pleno empleo promovidas desde el keynesianismo, al imponer una demanda agregada artificial, solo aplazan el ajuste necesario y pueden, a la larga, agravar el desempleo.

Lucas [15] advierte que únicamente los shocks monetarios no anticipados pueden producir efectos reales sobre el empleo, ya que los agentes, al formar expectativas racionales, ajustan su comportamiento cuando las intervenciones son previsibles. Aunque su modelo parte de supuestos distintos —como información dispersa y flexibilidad nominal—, comparte la intuición central de que las señales monetarias solo coordinan eficazmente las decisiones productivas y laborales cuando reflejan condiciones reales no distorsionadas. Esta mala asignación de capital no solo afecta a las empresas: contamina también las decisiones vocacionales de los individuos. Al elegir una carrera profesional, las personas combinan su inclinación personal («qué me gusta hacer») con las señales de remuneración esperada («dónde puedo ganar más»). Si los precios salariales incorporan información distorsionada por expansiones crediticias o políticas sectoriales *ad hoc*, las carreras artificialmente favorecidas atraen a miles de estudiantes y trabajadores. Cuando llega la corrección, la demanda por esos perfiles se desploma y quienes invirtieron años de formación —cuanto más específica, menos transferible— sufren un ajuste especialmente duro. El supuesto de homogeneidad laboral resulta, por ello, engañoso: la especialización crea fricciones y hace que el choque sectorial se traduzca en desempleo de larga duración o subempleo mientras esas habilidades se reconvierten. Así, la malinversión no solo destruye capital físico; erosiona también el capital humano, dejando a muchos trabajadores atrapados en disciplinas sobrepobladas o

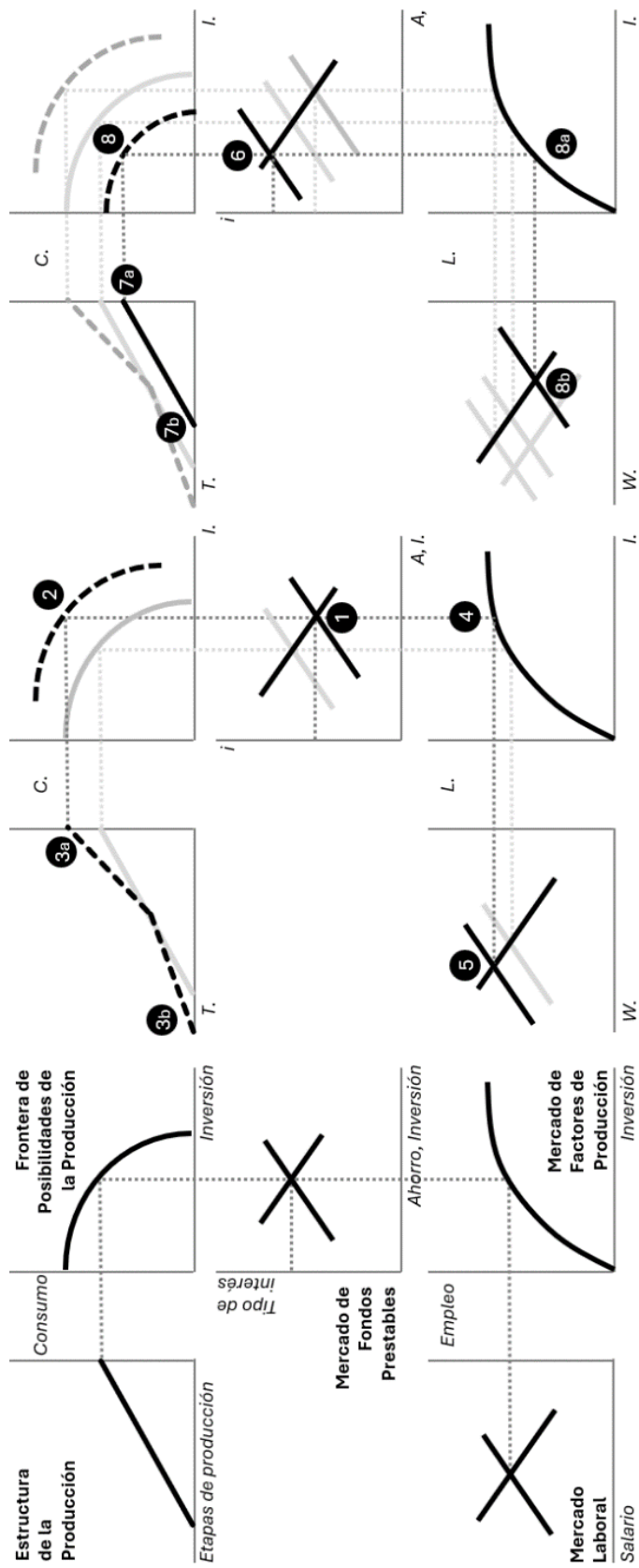


Figura 2: Descoordinación intertemporal: reducción del empleo y capital tras un shock artificial en el ahorro.

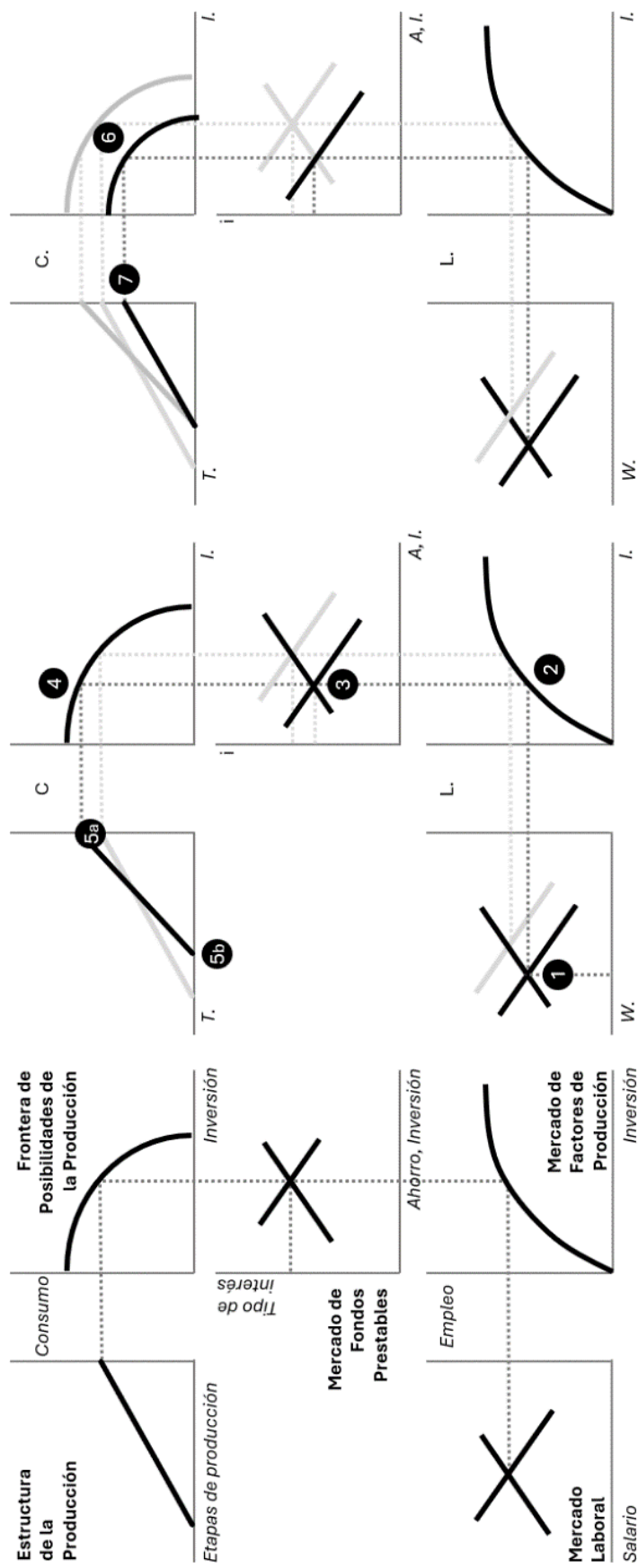


Figura 3: Impacto de las barreras institucionales sobre la estructura intertemporal, el capital y el salario.

en declive. Una política que de verdad busque oportunidades laborales sostenibles debe preservar la fiabilidad de las señales de mercado, evitando sesgos que conduzcan a carreras infladas por la coyuntura y, a la postre, a frustraciones profesionales y pérdida de productividad.

Precios, salarios y marco institucional

La calidad institucional determina el marco bajo el cual se forman los precios de mercado, incluido el salario. El respeto al derecho individual, la libre asociación y el cumplimiento de contratos son condiciones necesarias para el funcionamiento coordinado del mercado. Sin embargo, cuando se invocan criterios de justicia o eficiencia ajenos al proceso de mercado, se introduce la tentación de intervenir en la formación de precios, dando lugar a tres distorsiones frecuentes: la rigidez salarial, el empleo estéril y barreras institucionales adyacentes.

Cuando el empleo surge por acción empresarial, responde a oportunidades valoradas por el mercado y, por tanto, genera riqueza. En cambio, el empleo inducido por políticas públicas se sostiene mediante recursos extraídos del mercado o generados por expansión monetaria, distorsionando los precios relativos. Aunque pueda aumentar temporalmente el empleo, este efecto es insostenible y erosiona la estructura productiva al favorecer proyectos que no superan la prueba del mercado. El empleo sólo es sostenible si está vinculado a procesos que generen valor para los consumidores.

El establecimiento de un salario mínimo impone una productividad marginal mínima para ser contratado. Como no todos los trabajadores alcanzan ese umbral, muchos quedan excluidos del mer-

cado laboral y son recluidos al desempleo o la informalidad. En lugar de mejorar el bienestar, el salario mínimo reduce las oportunidades de empleo para los más vulnerables, encareciendo la inversión y acortando las etapas productivas. Stigler [16] ya había advertido que las leyes de salario mínimo, por bien intencionadas que sean, generan inevitablemente desempleo para ciertos grupos —particularmente jóvenes y trabajadores con baja calificación— si se ubican por encima del salario de equilibrio. Esta visión se mantuvo como la posición estándar en los manuales de economía durante décadas. Neffa [17] advierte que la informalidad no es una mera anomalía estadística, sino una manifestación estructural de un régimen salarial incapaz de absorber a quienes quedan fuera del marco regulado. Desde una perspectiva intertemporal, esta dinámica perpetúa trayectorias de baja productividad, menor capitalización y escasa movilidad laboral.

A lo anterior debe añadirse una distorsión menos evidente pero igualmente relevante: la generación de empleo artificial sostenido por la demanda de servicios públicos. A diferencia del empleo productivo, guiado por intercambios voluntarios y el sistema de pérdidas y ganancias, el empleo público suele estar desligado de la productividad marginal del trabajo. Al no reflejar condiciones reales de mercado, los salarios públicos generan señales distorsionadas que afectan negativamente al sector privado, elevando el costo de oportunidad del trabajo. Esto obstaculiza la inversión en etapas productivas intensivas en mano de obra y desplaza recursos hacia actividades improductivas, erosionando la capacidad de generación de valor en la economía.

Otras restricciones institucionales generan distorsiones adicionales. Las jorna-

das laborales máximas obligatorias reducen la flexibilidad contractual y limitan la capacidad de los trabajadores de intercambiar tiempo por ingreso. Este tipo de rigidez impide ajustes en sectores donde las necesidades de producción no se distribuyen uniformemente. Asimismo, los costos no-salariales obligatorios—cuotas patronales, prestaciones rígidas o seguros sociales—incrementan el costo total de contratación, desincentivando la formalización y afectando especialmente a las pequeñas empresas. La dificultad para desvincular trabajadores debido a regulaciones laborales estrictas también desalienta nuevas contrataciones, ya que introduce una carga financiera futura difícil de prever. Finalmente, los convenios colectivos impuestos y las licencias obligatorias extensas, sin ajuste de productividad, distorsionan aún más el precio relativo del trabajo, generando ineficiencias y pérdida de dinamismo en el mercado laboral.

Esta observación coincide en Hutt [18], quien argumentó que la persistencia del desempleo obedece, en gran medida, a la rigidez salarial impuesta legal o institucionalmente por encima del valor de la productividad marginal del trabajo. En su lectura, ampliamente recogida por autores de la tradición *mainline*², el desempleo no es una falla del capitalismo, sino una descoordinación inducida por políticas que impiden el ajuste del mercado.

Este fenómeno puede representarse gráficamente mediante la Figura 3, que ilustra cómo las distorsiones salariales en agregado actúan como una barrera que restringe las oportunidades laborales en

los sectores de menor productividad al elevar el precio del factor trabajo por encima de su equilibrio.

(1) Estas distorsiones institucionales elevan los salarios por encima de su nivel de equilibrio, desplazando la curva de oferta hacia la izquierda. Esto reduce la cantidad demandada de trabajo y genera un aumento relativo en el nivel salarial.

(2) Esta exclusión progresiva del mercado formal limita la demanda de factores de producción, tanto laborales como de capital, lo que a su vez disminuye la demanda agregada de fondos prestables y ejerce presión a la baja sobre la tasa de interés.

(3) Una caída en la demanda de factores de producción altera la estructura intertemporal de producción: al perder viabilidad económica las etapas más alejadas del consumo, se favorecen proyectos de corto plazo.

(4) El resultado es un acortamiento de la estructura temporal de producción, una contracción de la frontera de posibilidades de producción (FPP) en el largo plazo, y una menor disponibilidad futura de bienes de consumo.

Así, una intervención orientada a mejorar el bienestar inmediato termina por deteriorar la capacidad productiva de la economía, generando desempleo y empujando a sectores marginalmente menos productivos hacia la informalidad, lo que a su vez reduce el bienestar sostenido en el tiempo.

Tecnología y empleo en la estructura productiva

Un shock tecnológico transforma de manera radical la relación entre capital y

²Seguimos aquí la noción de *mainline economics* desarrollada por Boettke [21], centrada en el proceso de mercado y la coordinación institucional.

trabajo. En presencia de tecnologías más eficientes —habilitadas por un entorno de capital abundante y tasas de interés bajas—, la misma cantidad de capital puede ejecutar tareas que antes requerían trabajo humano, especialmente en los segmentos menos productivos del mercado laboral. Este cambio reconfigura la demanda relativa de trabajo: el capital deja de complementar al trabajo de forma simétrica y comienza, en ciertos sectores, a sustituirlo directamente.

La innovación tecnológica no debe entenderse como un evento exógeno o accidental, sino como el resultado endógeno del proceso empresarial. Emprendedores alertas descubren oportunidades de ganancia allí donde otros no las perciben, reorganizando los factores productivos para explotar nuevos nichos. Como enfatiza Kirzner [19], el motor del cambio económico es el descubrimiento de desequilibrios de mercado.

Ahora bien, para que estas innovaciones lleguen a concretarse, resulta indispensable disponer de capital accesible y movilizable. La innovación es intensiva en tiempo y recursos: requiere exploración, inversión, tolerancia al error y aprendizaje continuo. Esto solo es posible si existe una estructura de capital amplia y flexible. En este sentido, una caída en la tasa de interés, reflejo de mayor disponibilidad de fondos prestables, facilita el financiamiento de etapas productivas más alejadas del consumo inmediato, donde suele incubarse la innovación.

Así, el shock tecnológico es capital-inducido: no aparece en el vacío, sino que resulta de un entorno donde se alinean condiciones institucionales, financieras y empresariales que permiten la experimentación. Su impacto sobre el empleo es complejo: produce reasignaciones, ruptu-

ras y nuevas oportunidades, reorganizando la estructura del mercado laboral de manera evolutiva. Este dinamismo, lejos de representar un fallo, constituye una característica esencial del proceso de mercado.

Esta visión encuentra cierto eco en los modelos de ciclos económicos reales (RBC), donde las fluctuaciones del empleo y la producción se explican por shocks tecnológicos que alteran la productividad del capital y el trabajo [20]. Aunque este enfoque parte de supuestos distintos —como mercados perfectamente competitivos y decisiones óptimas en equilibrio—, comparte con el análisis aquí propuesto la idea de que los cambios tecnológicos inducen una reasignación de recursos que no implica, en sí misma, un fallo sistémico. Sin embargo, a diferencia del enfoque RBC, aquí se subraya el papel activo del empresario como agente de descubrimiento, la necesidad de estructuras de capital temporales, y el rol de las señales de mercado en canalizar la innovación.

(1) Cuando ocurre un shock tecnológico —típicamente impulsado por una mayor disponibilidad de capital y una reducción en la tasa de interés—, se transforma de manera profunda la relación entre capital y trabajo.

(2) Este cambio desplaza la curva de posibilidades de combinación de factores hacia la derecha, lo cual tiene efectos diferenciados en el mercado laboral: el capital requiere proporcionalmente menos trabajo para generar el mismo output.

(3) Inicialmente, las innovaciones permiten que el capital sustituya tareas intensivas en trabajo en sectores menos productivos, lo que provoca una caída en la demanda laboral en dichos segmentos y un

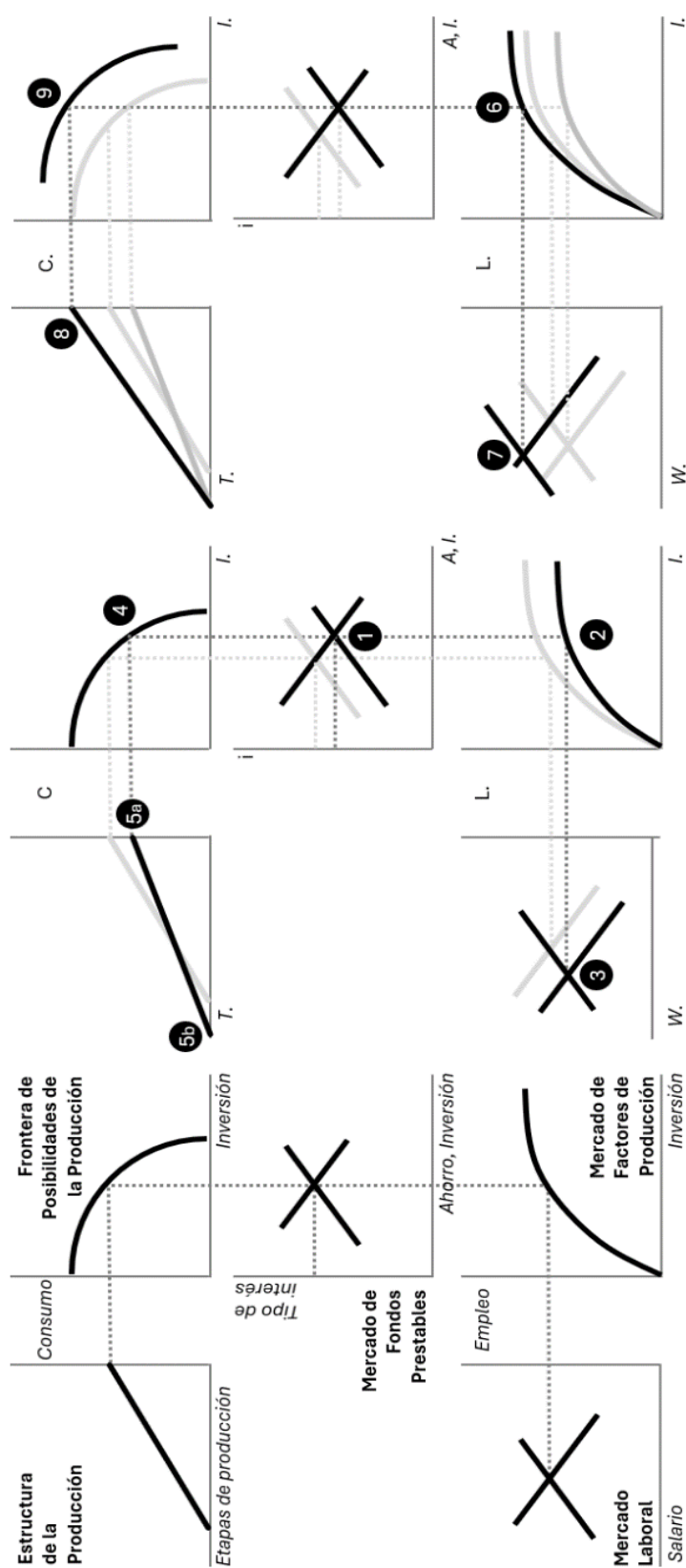


Figura 4: Innovación tecnológica y reconfiguración intertemporal del capital y el trabajo.

aumento del desempleo. En contraste, los empleos vinculados a sectores más compatibles con la nueva tecnología tienden a mantenerse o incluso a valorarse más. Dado que el capital se vuelve relativamente más productivo, su utilidad marginal aumenta, lo cual eleva el salario real en esos nichos.

(4) El aumento de capital que habilita estas innovaciones genera señales de mercado —como menores tasas de interés— que inducen un cambio en las preferencias temporales, expresado en un ajuste de la FPP.

(5) Esto provoca una recomposición en la estructura de producción: la inversión se aleja de actividades cercanas al consumo inmediato y se orienta hacia etapas más alejadas del consumo, es decir, hacia las fases superiores del proceso productivo.

(6) A medida que la tecnología se difunde y el capital se reasigna, ocurre un segundo desplazamiento de la curva de factores, esta vez hacia arriba. En este nuevo contexto —de mayor disponibilidad de capital y mayor productividad de los factores—, la demanda laboral se recupera y se intensifica.

(7) Este ajuste abre nuevas oportunidades de empleo en sectores distintos, incrementando progresivamente la demanda de trabajo. La productividad marginal del trabajo aumenta, ya que una misma cantidad de esfuerzo produce más output, lo que a su vez eleva el salario real.

(8) Con el tiempo, las etapas productivas maduran y generan crecimiento real en las fases de consumo, lo que retroalimenta el crecimiento y desplaza la Frontera de Posibilidades de Producción (FPP) hacia afuera, reflejando una mayor capacidad para generar bienes de consumo y

de capital, y posibilitando una expansión sostenida del proceso productivo.

Conclusión

Este trabajo propone una relectura del mercado laboral desde una perspectiva austríaca, integrando elementos de la teoría del capital desarrollada por Hayek y profundizada por Garrison. A diferencia de los modelos estáticos que analizan el empleo como un equilibrio puntual entre oferta y demanda, aquí se argumenta que el trabajo productivo sólo emerge en un proceso intertemporal de producción donde el capital, el tiempo y las instituciones desempeñan un papel coordinador esencial. Integrar el mercado laboral al modelo de Garrison permite superar el reduccionismo del análisis estático de oferta y demanda. El empleo no es un dato dado, sino el resultado de decisiones intertemporales guiadas por precios reales —interés, salario y beneficios—. Distorsionar estas señales no solo destruye valor, sino también interrumpe trayectorias profesionales consistentes con la estructura productiva del mercado.

El mercado laboral no puede entenderse sin referencia al entorno institucional que permite la libre asociación y protege el cálculo empresarial. Toda intervención que distorsiona los precios —sea mediante controles, subsidios o creación de empleo artificial— afecta negativamente la asignación intertemporal de recursos, debilitando el proceso coordinador del mercado y erosionando la capacidad de generar crecimiento sostenible. Un primer aporte es mostrar cómo el mercado laboral se articula con la estructura intertemporal del capital. A través del marco diagramático de Garrison, se logra una representación gráfica que facilita la comprensión del proceso de reasignación

laboral entre actividades más cercanas al consumo hacia aquellas más alejadas. Esta transición, si bien deseable desde la perspectiva del crecimiento de largo plazo, genera desempleo friccional en el corto plazo, el cual puede ampliarse en contextos de rigidez institucional o regulatoria.

En segundo lugar, se demuestra que el crecimiento de los salarios reales no proviene de decretos ni controles, sino del aumento en la disponibilidad de capital originado por un cambio en las preferencias temporales de los agentes económicos. El ahorro voluntario expande las etapas productivas y genera nuevas oportunidades de inversión en bienes de orden superior. Este proceso incrementa la demanda de trabajo en sectores de mayor intensidad de capital, elevando la competencia por un factor escaso como lo es el trabajo, lo cual presiona al alza el salario real.

Tercero, se explora cómo los shocks tecnológicos, lejos de ser necesariamente destructivos, generan en el corto plazo una reasignación de factores que puede traducirse en desempleo temporal. El aumento en la productividad del capital permite una sustitución inicial de trabajo por máquinas para mantener constante el nivel de output. No obstante, al aumentar la rentabilidad, se abren nuevas etapas productivas que vuelven a demandar trabajo, ahora con mayor productividad marginal, lo que impulsa una nueva alza en los salarios reales.

Por último, se alerta sobre el impacto negativo de barreras institucionales como el salario mínimo, los controles salariales o la creación artificial de empleo. Estas medidas distorsionan los incentivos al ahorro y la inversión, alteran las preferencias temporales e inhiben la capacidad

del mercado para expandir las etapas de producción. Al agregar rigidez a un sistema que ya es naturalmente friccionado, dichas políticas aumentan las distorsiones, reducen la productividad y estancan el potencial de generación de riqueza. El reto no es evitar el cambio, sino permitir que los precios —incluyendo los salarios y las tasas de interés— operen libremente como señales genuinas para coordinar la reasignación de recursos sin rigideces artificiales.

Frente a los modelos keynesianos que privilegian el pleno empleo sin considerar su calidad ni sostenibilidad, este enfoque austríaco destaca la centralidad del empresario, la importancia del tiempo y el rol de las instituciones en coordinar expectativas, asignar recursos de forma eficiente y promover una prosperidad duradera. La historia económica muestra que el empleo sostenible se construye sobre ahorro genuino, competencia abierta y flexibilidad de precios. Cuando se sustituye este proceso por gasto público, crédito barato o salarios forzados, el resultado suele ser un espejismo de bonanza seguido de una contracción que golpea con especial dureza a los trabajadores más vulnerables. En síntesis, la defensa duradera del empleo exige proteger el mecanismo de precios, limitar el intervencionismo que distorsiona la estructura de capital y promover instituciones que faciliten el descubrimiento empresarial. Solo así el trabajo encontrará su lugar allí donde aporte el mayor valor, y los salarios reales podrán crecer en consonancia con la productividad.

REFERENCIAS

-
- [1] Böhm-Bawerk, E. von. *The Positive Theory of Capital*. London: Macmillan, 1889.
 - [2] Mises, L. von. *The Theory of Money and Credit*. London: Jonathan Cape, 1934.
 - [3] Hayek, F. A. *Prices and Production*. New York: Augustus M. Kelley, 1931.
 - [4] Garrison, R. W. *Time and Money: The Universals of Macroeconomic Theorizing*. London: Routledge, 2000.
 - [5] Garrison, R. W. *Austrian Macroeconomics: A Diagrammatical Exposition*. Auburn, AL: Ludwig von Mises Institute, 2010.
 - [6] Huerta de Soto, J. *Dinero, crédito bancario y ciclos económicos*. Madrid: Unión Editorial, 1998.
 - [7] Ravier, A. O. *En busca del pleno empleo*. Madrid: Unión Editorial, 2009.
 - [8] Mises, L. von. *Human Action: A Treatise on Economics*. Auburn, AL: Ludwig von Mises Institute, [1949].
 - [9] Rothbard, M. *Man, Economy, and State with Power and Market*. Auburn, AL: Ludwig von Mises Institute, 1962.
 - [10] Phelps, E. S. *Microeconomic Foundations of Employment and Inflation Theory*. New York: W. W. Norton & Co., 1970.
 - [11] Leijonhufvud, A. *On Keynesian Economics and the Economics of Keynes: A Study in Monetary Theory*. New York: Oxford University Press, 1968.
 - [12] Lachmann, L. *Capital and Its Structure*. London: London School of Economics, 1956.
 - [13] Becker, G. S. *Human Capital: A Theoretical and Empirical Analysis*. Chicago: University of Chicago Press, 1964.
 - [14] Hayek, F. A. *Full Employment at Any Price?* London: Institute of Economic Affairs, 1975.
 - [15] Lucas, R. E. "Expectations and the Neutrality of Money," *Journal of Economic Theory*, 4 (2) (1972): 103-124.
 - [16] Stigler, G. J. "The Economics of Minimum Wage Legislation," *American Economic Review*, 36 (3) (1946): 358-365.
 - [17] Neffa, J. C. *et al. La crisis de la relación salarial: Naturaleza y significado de la informalidad, los trabajos, empleos precarios y los no registrados*. Buenos Aires: CEIL-CONICET, 2010.
 - [18] Hutt, W. H. *The Theory of Idle Resources*. London: Jonathan Cape, 1939.
 - [19] Kirzner, I. M. "Entrepreneurial Discovery and the Competitive Market Process: An Austrian Approach," *Journal of Economic Literature*, 35 (1) (1997): 60-85.
 - [20] Kydland, F. E. y E. C. Prescott, "Time to Build and Aggregate Fluctuations," *Econometrica*, 50 (6) (1982): 1345-1370.
 - [21] Boettke, P. J. *Living Economics: Yesterday, Today, and Tomorrow*. Oakland, CA: Independent Institute, 2012.
-